

noré." Estaba concebida en estos términos:

"Muy señor mío: Le ruego se pase por esta notaría el 25 del corriente, a las cuatro de la tarde, para un asunto que le interesa.

"De usted afectísimo..."

Baltasar no terminó. El vinillo de Suresnes producía sus efectos y cayó como un fardo sobre el colchón que le servía de cama.

CAPÍTULO II

Sólo los hechos de la vida cotidiana están a la altura de nuestro destino.

EN los raros minutos en que Baltasar, dando tregua a sus múltiples trabajos de profesor, se entregaba a sueños y meditaciones retrospectivas, veía en el camino de su pasado un pequeño vagabundo, encogido y medroso, expuesto a todos los vientos y a todas las miserias y que no tenía otra inquietud que la de no morir de hambre. Era él.

Sin pan y sin hogar, sentía la aflicción del perro que se entrega al primer amo que encuentra, sólo por el placer de querer a alguien y la satisfacción de comer.

Pero todos sus altos al borde del camino, todas sus tentativas de sacrificio y cariño, todos los anhelos de su corazón ansioso de ternura, terminaban siempre en dramas, en

los que sus posaderas representaban el papel principal.

De esta forma había amado a una robusta granjera que hizo de él la víctima de sus once hijos, más tarde a un zapafero remendón ambulante. Ambos habían acabado por expulsarle de su lado, dejándole una loca desesperación y la dolorosa impresión de que nunca sería nada para nadie. Era el paria, la víctima escogida, el vagabundo destinado a la soledad.

De cómo y en medio de qué peripecias y gracias a qué circunstancias pudo elevarse, era cosa que no se explicaba del todo. Entre los años difíciles y su actual juventud no hubo más que la rebelión paciente y el encarnizado esfuerzo del ser que quiere escapar a la desgracia y dotarse de reglas de vida adaptadas a sus medios, por desgracia mediocres. Poca salud, un aspecto desmedrado, un alma sensible a los menores choques y un desequilibrio nervioso que le inclinaba a sufrir y temer: tal fué Baltasar. Acabó por dominar todas sus debilidades, disciplinó su sensibilidad, se dotó de la cantidad necesaria de voluntad, coraje y resignación para mantenerse erguido, saliendo de aquella larga y silenciosa batalla con una excelente cultura, una vi-

sión personal de la vida y un miedo espantoso de todo lo que significa aventura, riesgo, golpes de la fortuna, impulsos del instinto, gestos espontáneos; y era tan profundo aquel miedo, que había llegado a fabricarse, bajo el nombre de filosofía cotidiana, un sistema de ideas y de teorías propias a garantizarle contra las emboscadas de su corazón insatisfecho.

Desprovisto de ambición, contento de todo, de una gran ingeniosidad, tenía veinte profesiones, ocupándose en multitud de asuntos. Cultivaba su jardín sin intentar embellecerlo y miraba muy discretamente hacia el cielo azul o el lejano horizonte.

Por ahora todo su destino se ligaba en torno de la villa de "Las Danaides", simple tonel—era cierto el término empleado por la agencia X Y Z—, pero de tan vastas dimensiones y tan bien arreglado, tan bien descuyntado podríamos decir, por el anterior propietario, que la morada, con sus dos fragaluces, sus cimientos de ladrillo y sus anexos, no carecía de comodidad y de atractivo.

Si a esto se añade el placer de ser servido por una sirviente a quien sus cualidades de orden y adhesión habían valido el título de secretaria-dactilógrafa, aun cuando casi

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

noraba lo que es una máquina de escribir, se comprenderá la tranquila felicidad de que había gozado hasta aquí el profesor Baltasar.

Aquella mañana, Calabacita, que sólo poseía una hamaca al abrigo de un cobertizo situado junto a la choza del señor Vaillant du Four, penetró en el cercado de Las Danaides a la hora en que Baltasar, según su costumbre cuando había dado clase de degustación, ablucionaba su cabeza vaciando sobre ella el agua de una regadera.

Sin decir palabra, le preparó una taza de café; luego, abriendo su enorme cartera, sacó de ella un equipo de trapos y cepillos, con los que se puso a ejecutar vigorosamente el aseo interior y exterior del tonel, a limpiar las ropas del profesor, lustrar las botas y barrer el "jardín".

Con el ardor del trabajo, sus dos trenzas la azotaban el rostro, su tez pálida de adolescente se animaba, una sonrisa descubría sus dientes blancos; sus dulces ojos se posaban algunas veces en el señor Baltasar con una admiración cándida y una ternura sin límites,

Bien se advertía que para ella, aun cuando ella misma lo ignorase, el universo se reducía a este importante personaje, resumen de todas las perfecciones, divinidad que merecía todos los sacrificios.

—Listo—dijo—. ¿Acompaño a usted a su clase de filosofía, señor Baltasar?

—¡Claro!

La conocía de siempre. El mismo día en que, seis años antes, tomó posesión de "Las Danaides", la encontró allí, llegada no se sabe de dónde, niña inclusera también ella, sin otro nombre que el remoquete de Calabacita y crecida en este ingrato suelo como una de esas simientes que para germinar les basta un poco de polvo. La semejanza de sus destinos les había reunido. ¡Para los que no saben su origen, implica un milagro tal el echar raíces en un mismo sifio!

Baltasar no hubiera podido prescindir de Calabacita. La encontraba siempre como el primer día, como una niña, pero una niña que se hubiera hecho indispensable, como pudiera serlo a la vez un ama de gobierno, una secretaria, una doncella, un criado, un perro fiel, y, en fin, todo lo susceptible de prestar servicio y de sacrificarse. Ella no pedía más.

—Vamos— dijo Baltasar, poniéndose en marcha.

La institución de señoritas en que tenía la cátedra de Filosofía, ocupaba un pequeño hotel del barrio de Monceau. Treinta jóvenes de la clase media rodeaban el estrado y charlaban mientras que Baltasar exponía sus ideas y teorías. Jamás pudo conseguir de estas treinta señoritas que guardasen silencio todas a la vez. Desde un principio le habían considerado como a uno de esos individuos de segundo término a quienes no se debe respeto ni atención.

—La filosofía cotidiana—decía—considera la existencia bajo un aspecto práctico. La felicidad no se halla en las grandes alegrías ni en los grandes sentimientos, sino en las cosas pequeñas y en los pequeños afectos; en no interesarse más que por aquello que se ve y que se toca; en limitar la ambición a aquello que se puede conseguir con sólo extender la mano; en no soñar; en no exaltarse; en descubrir el encanto de los actos más vulgares. La poesía, las novelas, los bellos espectáculos, todo cuanto es heroico y sublime, son otros tantos peligros contra los cuales no me cansaré de ponerlas en guardia.

Estas generosas consideraciones que pre-

sentaba con habilidad, realizadas con graciosas comparaciones, hubieran interesado vivamente a un joven auditorio femenino si no hubieran sido murmuradas tan atropelladamente y en voz baja, que nadie se aventuraba a prestar oídos a ellas. Sólo Calabacita, sentada junto al maestro, recogía sus enseñanzas, de suerte que las lecciones transcurrían como si Baltasar diera clase particular a su dactilógrafa. En medio del ruido de las conversaciones, ella escuchaba con los ojos agrandados por la admiración, la boca abierta y el rostro encuadrado por sus dos trenzas, que semejaban de paja trenzada.

—Sobre todo, señoritas, desconfíen del espíritu de aventura. Nada ocurre en la vida; la vida está hecha de realidades. Las aventuras están reservadas para quien las busca y, como si dijéramos, las construye como dramas ficticios y peligrosos. No existen las aventuras, señoritas. No existen más que los hechos de la vida corriente, que son siempre naturales, sencillos, moderados, lógicos, a la altura de nuestro destino. Si alguna vez, en nuestra imaginación complaciente, toman proporciones de aventura trágica o novelesca, conservemos nuestra sangre fría, no nos dejemos arrastrar por los remolinos de las

peripecias, en los que no se hallan más que decepciones, disgustos, amarguras y tristezas. Reaccionemos vigorosamente, espere-mos, y, lo que nos parece un torrente arrolla-dor, acaba por convertirse sencillamente en el modesto y tranquilo manantial donde di-riamente apagamos nuestra sed.

El profesor se levantó satisfecho de su pe-ríodo final, cuyo efecto veía en el rostro ex-fasiado de Calabacita.

En cuanto a las treinta jóvenes, se habían marchado al sonar la primera campanada de las doce, y eran las doce y cinco minutos. A lo largo de las calles continuó sus enseñan-zas, y veinte minutos después llegaron al par-que de Monceau, donde Baltasar se puso a horcajadas sobre un banco, favorecido por un rayo de sol que, traspasando las ramas nacientes, le calentaba la espalda, mientras que Calabacita se apresuraba a servirle.

—Jamón, *camembert* y pan...—dijo sacando estas provisiones de su cartera de cuero.

Almorzaron silenciosamente. Baltasar gus-taba de estas comidas a solas, que para Ca-labacita representaban la mayor felicidad de este mundo. Llenó la pipa del profesor, le fendió una cerilla y le ofreció una taza de café preparada en un termo. Luego de una

dulce siesta, protegida por la muchacha, Bal-tasar, bien despejado, enseñó las cartas reci-bidas la víspera: la de su padre y la del nota-rio que le citaba.

—Lee esto, Calabacita, y dame luego tu opinión.

La joven leyó las cartas con estupor y pro-nunció en tono convencido no exento de aprensión:

—¡Oh, señor Baltasar, qué aventuras! ¡Cuán-tas penas y disgustos le esperan!

El profesor le había comunicado su terror a lo imprevisto y temía a todo lo que pudiera alcanzarle y hacerle sufrir.

—¿Dónde ves tú las aventuras?—dijo sin-tiéndose vejado—. ¿No he afirmado ante ti hace un rato que no existen las aventuras en la realidad o que, por lo menos, sólo están para los desequilibrados y los locos?

—Sin embargo...—insinuó tímidamente Ca-labacita—, esta herencia... esta cartera oculta... Su padre, que le reconoce en su última hora...

—¿Y qué?—gritó Baltasar cada vez más las-timado—. Estos son hechos de la vida coti-diana. Un padre que reconoce a su hijo y le lega su fortuna... ¿qué tiene de extraordi-nario?

—Evidentemente, tiene usted razón...—dijo

ella, confusa por su error—. De todos modos, en lo que se refiere a la señorita Violante, ¿no es esta una cosa que no es un hecho cotidiano?

—Ilusión!—dijo Baltasar, que no quería hacer ninguna concesión—. ¡Humo de paja! ¡Bola de jabón! Un día llegará en que se publicarán las amonestaciones, los jóvenes cambiarán unos anillos, tendrán hijos... Total, uno de tantos episodios de la vida corriente, como todas las aventuras que se reducen a sus justas proporciones.

—En efecto... en efecto...—murmuró Calabacita—; pero yo creía que usted la amaba...

¿Amaba Baltasar? ¿A qué obedecía la crisis de excitación que había desencadenado en él el beso de la magnífica Violante? Y, sobre todo, ¿por qué la petición en matrimonio? ¿Se trataba de un encubierto despertar de su corazón? ¿Era la súbita necesidad, por parte de un hombre tan prudente, de lanzarse a su vez en ese desconocido al que tenía tan grande miedo? ¿O había sufrido sencillamente la influencia de Violante Rondot? No lo sabía; un profesor de filosofía cotidiana jamás se analiza a sí mismo, ante el temor de ponerse en contra de sus teorías. Si se le hace una pregunta embarazosa, responde al azar, sin pre-

ocuparse de la lógica, o bien se calla. Baltasar se calló.

Descendieron taciturnos, como siempre, por el barrio de Europa. Baltasar buscaba las aceras de sol. Calabacita se erguía valientemente bajo su carga de mecanógrafa-asistente.

En el segundo piso de una venerable casa de la calle de Saint-Honoré, el notario señor La Bordette se hallaba sentado ante los retratos al óleo de su padre y de su abuelo, a los cuales se parecía tanto que los tres rostros, encuadrados en sus pañuelos, parecían los de un solo y único notario.

Este mismo notario había estudiado tantos asuntos desde hacía un siglo y visto en aquel mismo despacho tantos dramas y tantas necedades, que ya nada le interesaba.

—Tome usted asiento, caballero—le dijo sin ocuparse de Calabacita—. ¿Es usted la persona que se hace llamar el profesor Baltasar?

—No es que me haga llamar así, caballero, sino que es mi verdadero nombre.

—¿Puede usted probarlo?

Como el profesor no contestó, el señor La Bordette reanudó con voz ausente y usando

un plural que hacía sospechar que hablaba en nombre de su padre y de su abuelo:

—Teniendo que hacer a usted una comunicación importante, y no sabiendo dónde hallarle, nos hemos dirigido a la agencia X Y Z, la que nos ha enviado la nota siguiente:

“El llamado Baltasar...”

—No se moleste, caballero — interrumpió Baltasar—; ya la conozco.

El señor La Bordette consultó con la mirada a su padre y a su abuelo, y aprobado sin duda por ellos, continuó la lectura del informe hasta la última sílaba.

—Como usted puede ver, no hay aquí más que indicaciones, pero ningún informe preciso sobre su identidad. ¿Le será posible facilitarnos los documentos necesarios, tales como partida de bautismo y la cartilla militar?

Baltasar hizo un gesto, expresando que estaba muy mal provisto en ese sentido.

—Pero, en fin, caballero, al menos poseerá una carta de elector, un permiso de caza, el recibo del alquiler...

¡Ay! Baltasar palpó inútilmente sus bolsillos, pues carecía de aquellos documentos tan respetables. Todo lo que pudo ofrecer fué el diploma de “fino degustador” que le había extendido el señor Vaillant du Four.

El señor La Bordette rechazó desdeñosamente el documento.

—En resumen—dijo—, no posee usted ningún documento de identidad. Esto me coloca en la obligación de proceder en persona a la investigación y de rogarle, siempre y cuando no vea en ello inconveniente alguno, que se sirva desabrochar el cuello de su camisa.

Aquella formalidad absurda no pareció sorprender a Baltasar, pues se deshizo sin vacilar el nudo de la corbata, quitándose luego el cuello postizo.

En la parte superior del pecho había vestigios de un tatuaje en el que se distinguían aún tres letras medio borradas.

El notario las examinó con lupa y declaró:

—M. P. T. Las tres letras están. Estamos de acuerdo; no nos resta más que una prueba para que todas nuestras comprobaciones sean debidamente cumplidas.

Cogió un tampón impregnado de tinta, ordenando:

—Sirvase imprimir aquí encima el lado interno de su pulgar izquierdo. No, caballero; éste es el pulgar de su mano derecha. Nos es necesaria la izquierda, y de la extremidad de su índice...

Baltasar obedeció bastante turbado, El no-

tario aplicó sobre una hoja de papel la huella así obtenida, la confrontó con otra huella, estampada sobre otra hoja, y concluyó categóricamente:

—Son exactas. La causa está fallada.

—¿Fallada?... Lo que quiere decir...

—Lo que quiere decir que usted es verdaderamente el llamado Baltasar, y que éste no es otro que...

—¿Otro qué...?

—Godofredo, hijo del conde de Coucy-Vendôme, barón de las Ándraies, duque de Jaca y grande de España...

CAPITULO III

La predicción de la sonámbula.

CALABACITA dejó caer la pesada cartera, que, al abrirse, dejó escapar un cepillo de grama y un vaso de aluminio. Baltasar meneó la cabeza bajo aquella avalancha de ídulos y asió el sombrero como para ponerse; en el desorden de sus pensamientos, no retenía más que su privilegio de grande de España a permanecer cubierto. Pero el notario La Bordette no tenía tiempo que perder; si por humana flaqueza se hubiera despojado de su armadura de impasibilidad, su padre y su abuelo no tendrían razón alguna para participar de la emoción del profesor y de su mecanógrafa; continuó, pues, su discurso:

—Relacionados como estamos desde hace más de un siglo a la familia de Coucy-Vendôme, fuimos llamados algunos meses ha, a